

MITO Y RETORNO

Bajo el título *Mito y retorno*, nos ofrece Ricardo González un ciclo de pinturas penúltimas en el que se nos invita a sumergirnos, mediante la psique como eje y guía, en una suerte de espiral cuya voluntad es hacernos partícipes de un periplo que nos conduce de modo inevitable al locus del origen, a la búsqueda arqueológica del balbuceo primigenio, al encuentro de los signos y gestos que, a su modo, reflejen lo que sería un primer estadio de la comunicación visual que se sueña alejado de indeseadas contaminaciones del lenguaje artístico; y todo ello, no sin razón, en los albores del siglo XXI, en plena vorágine tecnológica.

Algunas sombras de Nietzsche y Eliade subyacen en estas informales extensiones de pigmentos, de aglutinantes y vehículos líquidos revelándose parcialmente. ¿Nihilismo? ¿negatividad?. Preferiría nombrar el desprendimiento, el despojamiento. Ricardo, que no es un pintor formalista, parece trabajar más y más en los límites del lenguaje plástico cuando habla del concepto de des-pintura y des-escultura. En suma: estamos hablando del crucial proceso de des-aprender. Porque no hace tanto que el artista colgó sus finos y virtuosos pinceles de “pintarcomodismanda” para transitar por caminos alternativos, menos previsibles, a la búsqueda de planos de conocimiento de mayor calado, en el que el encuentro con el pensamiento de las luminosas figuras de Marcel Duchamp y Joseph Beuys desencadena un proceso dinámico y abierto a la transformación en el que casi nada se oculta, pero tampoco se fija definitivamente, debido a que el proceso de licuefacción se rebela en su fluidez contra toda forma definitiva, cerrada, o cualquier horizonte final. Y de ahí su aspecto inacabado, espontáneo y directo, desnudo y sin ambiciones esteticistas de estos trabajos.

Revelar y ocultar, llenar y vaciar, lavar y centrifugar, pintar y despintar. Alternancias y oposiciones que Ricardo nos enseña como señales de una génesis orgánica en terapéutica catarsis personal teñida de irrefrenable humor en donde se articulan gestos y colores abigarrados, espacios vacíos, manchas, quizá confusas, que no pretenden figurar nada, sino seguramente sólo remitir a su propia esencialidad pictórica, en irónico choque y contraste conceptual con objetos tan cotidianos como banales: de un tenedor a un teléfono móvil o cualquier otro artefacto descontextualizado o ready-made susceptible de inmediato reconocimiento a simple vistazo.

Arqueología de la memoria, El primer grito, En el principio fue la acción, Masa confusa primordial o Regresus ad uterum son, en este sentido, algunos de los elocuentes títulos de esta necesariamente contradictoria realidad pictórica que Ricardo González nos sirve en esta exposición. Pero convengamos con Hegel en que la realidad se hace más verdadera cuanto más intensa es esa contradicción. Y esa reacción ante la pulsión de la vida, ese latido, es y debe ser revelado y expresado de modo abierto y generoso. Al fin y al cabo, ¿no es esto, asumiendo sus imperfecciones, el contenido y el sentido del arte.